

principios con la soltura de las formas, lo cual necesitaban no obstante nuestros enviados al extranjero para que supiesen á la vez hacer respetar nuestras doctrinas y tener cierta consideración con las preocupaciones de la antigua Europa. Al llegar Delacroix á Holanda asistió á un festín dispuesto por el comité diplomático, y al que estaban invitados todos los ministros extranjeros. Después de emplear en su presencia el lenguaje más demagógico, Delacroix exclama con el vaso en la mano: *¿Por qué no hay un bátavo que ose dar de puñaladas al reglamento en el altar de la patria?* Fácilmente se comprenderá qué efecto podrían producir en los extranjeros semejantes arrebatos. El reglamento fué acuchillado, en efecto, muy pronto. Cuarenta y tres diputados habían protestado ya contra las operaciones de la asamblea nacional: reuniéronse el 3 pluvioso (22 enero 1798) en el palacio de Harlem, y allí, apoyados por nuestras tropas, procedieron como se había hecho en París cuatro meses antes, el 18 fructidor. Excluyeron de la asamblea nacional cierto número de diputados sospechosos, mandaron á encerrar á otros, anulaban el reglamento y organizaron la asamblea en una especie de convención. En pocos días se redactó y puso en vigor una constitución semejante á la de Francia; y queriendo imitar á la Convención, los nuevos directores formaron el gobierno con individuos de la asamblea actual, constituyéndose ellos mismos en Directorio y cuerpo legislativo. Los hombres que se presentan para efectuar esta especie de movimientos son siempre los más pronunciados de los partidos; era de temer que el nuevo gobierno bátavo estuviese muy impregnado de democracia, y que bajo la influencia de un embajador como Delacroix traspasase la línea que el directorio francés hubiera querido trazarle. Esta especie de 18 fructidor en Holanda, no dejó de hacer decir á la diplomacia europea, sobre todo á la prusiana, que Francia gobernaba á la Holanda y se extendía de hecho hasta el Texel.

La república liguriana estaba en buen camino, aunque trabajada en secreto, como todos los nuevos Estados, por dos partidos igualmente exagerados. En cuanto á la Cisalpina, era presa de las más violentas pasiones; el espíritu de localidad dividía á los cisalpinos, que pertenecían á antiguos Estados divididos por Bonaparte. Además de dicho espíritu, los agentes de Austria, los nobles, el clero y muchos demócratas arrebatados, agitaban violentamente á la nueva república; pero los demócratas eran los más peligrosos, porque tenían un fuerte apoyo en el ejército de Italia, compuesto, como ya sabemos, de los más ardientes patriotas de Francia. Tanto le costaba al Directorio dirigir el espíritu de sus ejércitos en país extranjero como el de sus ministros, y por este concepto ofrecíansele tantas dificultades como por todos los demás.

Aun no tenía embajador en la nueva república: Berthier era el que, en su calidad de general en jefe, representaba aún al gobierno francés. Tratábase de regular por un tratado de alianza las relaciones de la nueva república con la república madre; y este tratado se redactó en París, enviándose á la ratificación de los Consejos. Las dos repúblicas contraían alianza ofensiva y defensiva para todos los casos, y hasta que la Cisalpina tuviese un estado militar, Francia le facilitaría un

socorro de veinticinco mil hombres con las condiciones siguientes: la Cisalpina debía dar el local para acuartelamiento, los almacenes y hospitales, y diez millones al año para el mantenimiento de veinticinco mil hombres. En el caso de guerra, suministraría un subsidio extraordinario, y Francia cedía á la Cisalpina una gran parte de la artillería tomada al enemigo para armar sus plazas. Estas condiciones no tenían nada de excesivo; pero en el Consejo de los Ancianos, muchos diputados cisalpinos, mal dispuestos hacia el régimen republicano y Francia, pretendieron que aquel tratado era demasiado oneroso, y rechazáronle alegando que se abusaba de la dependencia en que el nuevo Estado se hallaba. En esto había una malevolencia evidente; obligado Bonaparte á elegir por sí mismo los individuos que componían los Consejos y el gobierno, no pudo asegurarse de las condiciones de todos, y se hacía necesario variar la elección. Los Consejos actuales, nombrados militarmente por Bonaparte, fueron modificados con el mismo carácter por Berthier; este último alejó algunos de los individuos más tenaces, é hizo presentar el tratado, que se aceptó al punto. Era enojoso que Francia dejase ver aún su mano, pues Austria pretendió en el acto que, á pesar de todas las promesas hechas en Campo-Formio, la Cisalpina no era una república libre, sino evidentemente una provincia francesa. Además opuso dificultades para la admisión del ministro Marescalchi, acreditado por la Cisalpina.

El territorio formado por Francia y las nuevas repúblicas se engranaba con la Europa, aún feudal, de la manera más peligrosa para la paz de los dos sistemas. Suiza, toda ella feudal todavía, aunque republicana, hallábase englobada entre Francia, Saboya, que era ya provincia francesa, y la Cisalpina. El Piamonte, con el que Francia había contraído una alianza, estaba rodeado por esta última nación, Saboya, la Cisalpina y la Liguria; estas dos últimas cercaban el Piamonte y la Toscana, y podían comunicar su fiebre á Roma y Nápoles. El Directorio había recomendado á sus agentes la mayor reserva, prohibiéndoles dar ninguna esperanza á los demócratas: Guinguet en el Piamonte, Cacault en Toscana, José Bonaparte en Roma y Trouvé en Nápoles tenían orden terminante de manifestar las disposiciones más amistosas á los príncipes, junto á los cuales estaban. Debían asegurar que las intenciones del Directorio no eran de ningún modo propagar los principios revolucionarios; que se limitaría á mantener el sistema republicano allí donde se hallase establecido; pero que no haría nada para extenderle á las potencias que se condujeran lealmente con Francia. Las intenciones del Directorio eran sinceras y sabias; deseaba sin duda los progresos de la revolución, pero no debía propagarlos más tiempo por las armas. Si aquella estallaba en nuevos Estados, era preciso que no se pudiera acusar á Francia de haber tomado una parte activa. Por otra parte, Italia estaba llena de príncipes, parientes ó aliados de las grandes potencias, á los cuales no se podía molestar sin exponerse á grandes hostilidades. Austria no dejaría de intervenir por Toscana, por Nápoles y tal vez por el Piamonte; España tomaría seguramente parte por el príncipe de Parma, y si ocurrían nuevos movimientos, era preciso fijarse sobre todo en no tener la responsabilidad.

Tales eran las instrucciones del Directorio; pero no se gobiernan las pasiones, y sobre todo la de la libertad. ¿Podía impedir Francia que los demócratas franceses, ligurios y cisalpinos no se correspondiesen con los demócratas piamonteses, toscanos, romanos y napolitanos, y les comunicaran el fuego de sus opiniones, de su animación y de sus esperanzas? Decíales que la política impedía al gobierno francés intervenir ostensiblemente en las revoluciones que se preparaban en todas partes, pero que las protegería una vez hechas; que era preciso tener el valor de intentarlo, y que llegarían socorros inmediatamente.

En todos los Estados italianos reinaba la agitación y se multiplicaban las prisiones, pero nuestros ministros acreditados limitábanse tan sólo á reclamar algunas veces los individuos injustamente perseguidos. En el Piamonte se hacían numerosas prisiones, más escuchábase á menudo la intercesión de Francia. En Toscana había bastante moderación: en Nápoles existía una clase de hombres que participaba de las nuevas opiniones; pero una corte tan perversa como insensata luchaba contra aquellas con la prisión y los suplicios. Nuestro embajador Trouvé sufría continuas humillaciones; había sido secuestrado como si tuviera peste, y estaba prohibido á los napolitanos verle; de modo que á duras penas pudo obtener un médico. Encerrábase en los calabozos á los que se acusaba de haber tenido relaciones con la legación francesa, ó á los que llevaban el cabello cortado y sin polvo. La policía napolitana interceptaba las cartas del embajador, abríalas y las guardaba por espacio de diez ó doce días. También habían sido asesinados varios franceses. Aun cuando Bonaparte estaba en Italia, costóle trabajo contener los furios de la corte de Nápoles, y ya se comprenderá de qué sería capaz no hallándose él allí. El gobierno francés tenía suficientes fuerzas para castigarla cruelmente por sus desmanes; pero á fin de no turbar la paz general, había recomendado á su ministro Trouvé que procediera con la mayor mesura, ateniéndose á las representaciones y tratando de volver á todos á la razón.

El gobierno más inmediato á su ruina era el papal; y no por falta de defenderse, pues también hacía prisiones, sino porque un papa viejo, cuyo orgullo estaba abatido, y ancianos cardenales inhábiles, difícilmente podían sostener un Estado vacilante por todas partes. Por sugerencias de los cisalpinos, la Marca de Ancona se había revolucionado ya, constituyéndose en república anconitana, y desde aquí excitaban los demócratas la revolución en todo el Estado romano. No contaban con un gran número de partidarios, pero secundábase bastante el descontento público. El gobierno papal había perdido su imponente esplendor á los ojos del pueblo, desde que las contribuciones impuestas en Tolentino le habían obligado á dar hasta los muebles preciosos y las pedrerías de la Santa Sede. Los nuevos impuestos, la creación de un papel moneda que perdía más de las dos terceras partes de su valor y la enajenación de la quinta de los bienes del clero habían descontentado á todas las clases, incluso los mismos eclesiásticos. Los grandes de Roma, que recibieron algunas de las luces difundidas durante el siglo XVIII en Europa, murmuraban altamente contra un gobierno débil é inepto, diciendo que ya era tiempo que el gobierno



El general Duphot

que se perderían comprometiendo inútilmente á Francia, y que ésta no les prestaría su apoyo, dejándoles expuestos á los resultados de su imprudencia.

El 6 nivoso (26 de diciembre 1797) fueron á advertirle que habría un movimiento; despidiólos aconsejándoles que permaneciesen tranquilos, pero no creyeron al ministro francés: el sistema de todos los iniciadores de revoluciones era que se debía osar, comprometiendo á Francia á pesar suyo. En efecto, reuniéronse el 8 nivoso (28 de diciembre) para intentar un movimiento. Dispersados por los dragones del papa, refugiáronse en la jurisdicción del embajador francés, y bajo los arcos del Palacio Corsini, donde habitaba. José acudió con algunos militares franceses, y el general Duphot, joven oficial muy distinguido del ejército de Italia, quiso interponerse entre las tropas papales y los insurrectos para evitar un degüello, pero las tropas, sin respetar al embajador, hicieron fuego y mataron á su lado al infeliz Duphot. Este joven iba á casarse con una cuñada de José, y su muerte produjo una agitación extraordinaria. Varios embajadores extranjeros corrieron



á casa de José, particularmente el ministro de España, Azara; sólo el gobierno romano dejó transcurrir catorce horas sin enviar recado alguno al ministro de Francia, aunque éste no dejó de escribirle el mismo día. Indignado José, pidió al punto sus pasaportes, diéronselos, y marchó inmediatamente á Toscana.

Este acontecimiento produjo una viva sensación: era evidente que el gobierno romano hubiera podido impedir aquella escena, porque se prevenía en Roma dos días antes; pero que quiso dejar que estallase el movimiento para aplicar á los demócratas un nuevo correctivo, y que en el tumulto no supo adoptar sus precauciones de modo que impidiese una violación del derecho de gentes y un atentado contra la legación francesa. Manifestóse desde luego una gran indignación en la Cisalpina y entre todos los patriotas italianos contra el gobierno de Roma, y el ejército de Italia pidió á gritos marchar contra la ciudad.

El Directorio estaba muy apurado: veía en el papa el jefe espiritual del partido enemigo de la revolución; tentábase mucho aniquilar al pontífice de esa antigua y tiránica religión cristiana, á pesar del peligro de resentir á las potencias y provocar su intervención; pero cualesquiera que fuesen los inconvenientes de una hostil determinación, predominaron aquí las pasiones revolucionarias, y el Directorio ordenó al general Berthier, que mandaba en Italia, que marchase contra Roma. Esperaba que, como el papa no era pariente ni aliado de ninguna corte, no provocaría su caída una intervención poderosa.

La alegría fué grande entre todos los republicanos y partidarios de la filosofía. Berthier llegó el 22 lluvioso (10 febrero 1798) á la vista de la antigua capital del mundo, que los ejércitos republicanos no habían visitado aún. Nuestros soldados se detuvieron un instante para contemplar la antigua y magnífica ciudad. El ministro Azara, el mediador ordinario de todas las potencias italianas y Francia, acudió al cuartel general para negociar un convenio. El castillo de San Angelo fué entregado á los franceses con la condición natural en los pueblos civilizados de respetar el culto, los establecimientos públicos, las personas y las propiedades. El papa quedó en el Vaticano; y Berthier, introducido por la puerta del Pueblo, fué conducido al Capitolio como los antiguos triunfadores romanos. Los demócratas, satisfechos todos sus deseos, reunieron en Campo Vaccino, donde se ven los vestigios del antiguo Fórum, y rodeados de un pueblo insensato, dispuesto á aplaudir todos los nuevos acontecimientos, proclamaron la república romana. Un notario redactó un acta por la que el pueblo, titulándose pueblo romano, declaraba entrar en el ejercicio de su soberanía, constituyéndose en república. El papa estaba solo en el Vaticano, y fueron á pedirle la abdicación de su soberanía temporal, pues no se pensaba en intervenir en su autoridad espiritual; pero contestó dignamente que no podía despojarse de una propiedad que no era suya, sino de la sucesión de los apóstoles, y que sólo constituía un depósito en sus manos. Esta teología conmovió poco á nuestros generales republicanos: el papa, tratado con las consideraciones debidas á su edad, vióse obligado á salir del Vaticano durante la noche, y condujéronle á Toscana, donde recibió asilo en un convento. El pue-

blo de Roma pareció echar poco de menos á su soberano, que no obstante había reinado veinte años.

Desgraciadamente, varios excesos, no contra las personas, sino contra las propiedades, mancharon la entrada de los franceses en la capital del mundo. Ya no estaba á la cabeza del ejército aquel jefe severo é inflexible, que menos por virtud que por horror al desorden había perseguido tan rigurosamente á los que se entregaban al saqueo. Sólo Bonaparte hubiera podido poner un freno á la avidez en un país tan rico: Berthier acababa de marchar á París y había sucedido Massena. Este héroe, á quien Francia deberá un eterno agradecimiento por haberla salvado en Zurich de una ruina inevitable, fué acusado de haber sido el primero que dió el ejemplo; imitaronle muy pronto, y se comenzó á despojar los palacios, los conventos y las ricas colecciones. Varios judíos que seguían al ejército compraban á vil precio los magníficos objetos que les entregaban los depredadores. El pillaje fué repugnante; y, preciso es decirlo, no eran los oficiales subalternos ni los soldados los que se entregaban á estos desórdenes, sino los oficiales superiores. Todos los objetos que se tomaban, y sobre los cuales se tenía el derecho de conquista, hubieran debido ser depositados en una caja, y vendidos en beneficio del ejército, que hacía cinco meses no cobraba, porque llegaba de la Cisalpina, donde la falta de organización financiera había impedido percibir el subsidio que se estipuló por nuestro tratado. Los soldados y oficiales subalternos sufrían la más horrible escasez, é indignábase ver á sus jefes cargarse de despojos y comprometer la gloria del hombre francés, sin ningún provecho para el ejército. Hubo un motín contra Massena; reunidos en una iglesia, declararon que no querían servir más á sus ordenes; y una parte del pueblo, mal dispuesta contra los franceses, preparábase á aprovechar el momento de aquella desavenencia para intentar un movimiento. Massena mandó salir al ejército de Roma, dejando una guarnición en el castillo de San Angelo; y el peligro contuvo la sedición; pero los oficiales persistieron en continuar reunidos, pidiendo la persecución de los depredadores y la destitución de Massena.

Bien vemos que á la dificultad de moderar la marcha de las nuevas repúblicas, de elegir y dirigir nuestros agentes, agregábase la de contener á los ejércitos, y todo esto á distancias inmensas para las comunicaciones administrativas. El Directorio llamó á Massena, enviando á Roma una comisión compuesta de cuatro personajes probos é ilustrados para organizar la nueva república: eran Daunou, Monge, Florent y Faypoult. Este último, administrador hábil y honrado, debía encargarse de todo lo relativo á la hacienda. El ejército de Italia quedó dividido en dos, y llamóse ejército de Roma el que acababa de destronar al papa.

Tratábase de motivar con las potencias la nueva revolución: España, cuya piedad se hubiera podido temer, pero que se hallaba bajo la influencia francesa, no dijo nada sin embargo; pero el interés es más intratable que el celo religioso; y así se explica que las dos cortes más descontentas fueran las de Viena y Nápoles; la primera veía con dolor extenderse la influencia francesa en Italia; y para no aumentar sus motivos de queja, no se quiso confundir la nueva república con la Cisalpina,

quedando constituida por separado; reunir las dos hubiera despertado en demasía la idea de la unidad italiana, haciendo creer en el proyecto de democratizar toda la Italia. Aunque el emperador no tenía ministro en París, enviaronle á Bernadotte para darle explicaciones y residir en Viena. En cuanto á la corte de Nápoles, estaba poseída de cierto furor al ver la revolución á sus puertas, y exigió nada menos que dos ó tres de las provincias romanas para aplacarse; quería sobre todo el ducado de Benevento y el territorio de Pontecorvo, que le convenía por todos conceptos. Envióse á Garat á entenderse con ella, y se destinó á Trouvé á la Cisalpina.

La revolución hacía, pues, progresos inevitables, y mucho más rápidos de lo que hubiera querido el Directorio, y ya hemos citado un país donde amenazaba introducirse, que era la Suiza. Parece que esta antigua patria de la libertad, de las costumbres sencillas y pastoriles, no tenía nada que recibir de Francia, siendo la única que no debía pasar por una revolución; pero del hecho de que los trece cantones estuvieran gobernados bajo las formas republicanas, no resultaba que reinase la equidad en las relaciones de aquellas pequeñas repúblicas entre sí, y sobre todo en las que tenían con sus súbditos. Existía en ellas el feudalismo, que no es sino la jerarquía militar, y había pueblos dependientes de otros, como un vasallo de su soberano, que gemían bajo un férreo yugo. La Argovia, el cantón de Vaud, dependían de la aristocracia de Berna; el bajo Valais, del alto; y las bailías italianas, es decir, los valles del lado de Italia, de diversos cantones. Contábanse además numerosos ayuntamientos dependientes de ciertos pueblos. El cantón de San Gall estaba gobernado feudalmente por un convento; y casi todos los países sometidos no llegaron á estarlo sino por condiciones contenidas en cartas ya olvidadas, que estaba prohibido sacar á luz. Los campos solían pertenecer por todas partes á los pueblos, y se hallaban sometidos á los más escandalosos monopolios; y en ninguna parte era tan grande la tiranía de los gremios. La aristocracia se había apoderado lentamente de la universalidad de los poderes en todos los gobiernos. En Berna, el primero de estos pequeños Estados, algunas familias se habían arrogado la autoridad, excluyendo de ella á todas las demás; y tenían su Libro de oro, donde estaban inscritas todas las familias gobernantes. Las costumbres dulcifican á menudo las leyes, pero no sucedía esto allí. Aquellas aristocracias se vengaban con la viveza y el enojo propio de pequeños Estados: Berna, Zurich y Ginebra habían desplegado con frecuencia, y muy recientemente, el aparato de los suplicios; en toda Europa había suizos desterrados forzosamente de su país, ó que se substrajeron por la fuga á las venganzas aristocráticas. Por lo demás, desunidos é indispuestos, los trece cantones carecían de toda fuerza, viéndose reducidos á no poder defender su libertad. Con la poca fraternidad que es tan común en los Estados confederados, casi todos recurrían en sus desavenencias á las potencias vecinas, y tenían tratados particulares, unos con el Austria, otros con el Piamonte, y otros, en fin, con Francia. Suiza no era ya más que un hermoso recuerdo y un admirable terreno; pero políticamente, sólo presentaba una cadena de mezquinas y vergonzosas tiranías.

Desde luego se conoce el efecto que produciría en ella el ejemplo de la revolución francesa. En Zurich, Basilea y Ginebra se habían alborotado, y especialmente en el último punto había llegado á correr sangre. En toda la parte francesa, y en particular en el país de Vaud, habían hecho rápidos progresos las ideas revolucionarias. Los aristócratas suizos no habían omitido nada para malquistarse con Francia, estudiando el modo de irritarla cuanto pudiesen sin provocar su omnipotencia. Los señores de Berna habían acogido á los emigrados y favoreciéndoles todo lo posible y en Suiza se habían urdido todas las tramas contra la república. Récuerdese que desde Basilea el agente inglés Wickam preparaba la trama de la contrarrevolución. El Directorio por lo tanto debían manifestarse muy descontento; pero había un medio facilísimo de vengarse de la Suiza. Los vaudeses, perseguidos por los señores de Berna, invocaban la intervención de Francia, pues cuando el duque de Saboya les cedió á Berna, Francia salió garante de sus derechos por medio de un tratado hecho en 1535, tratado que Francia invocó y llevó á cabo varias veces. Nada de extraño, pues, tenía la intervención del Directorio, reclamada á la sazón por los vaudeses; por otra parte, muchos de aquellos pueblecillos dependientes tenían protectores extranjeros.

Ya hemos visto con cuánto entusiasmo habían recibido los vaudeses al libertador de la Valtelina cuando pasó de Milán á Rastadt, atravesando la Suiza. Los vaudeses, llenos de confianza, enviaron diputados á París, insistiendo con ahinco en obtener la protección francesa. Su compatriota, el valiente y desgraciado Laharpe, había muerto por nosotros en Italia al frente de una división francesa; se hallaban horriblemente esclavizados, y á falta de otra razón política, sólo la de la humanidad era bastante para obligar á intervenir á la Francia. No hubiera podido concebirse que proclamando sus nuevos principios, se negase ella á llevar á efecto los tratados conservadores de la libertad de un pueblo vecino, efectuados hasta por la antigua monarquía. Sólo la política hubiera podido impedirlo, porque era alarmar nuevamente la Europa, especialmente cuando el trono pontificio estaba arruinándose en Roma; mas la Francia, que contemporizaba con la Alemania y el Piamonte, Parma, Toscana y Nápoles, no creía deber los mismos miramientos á la Suiza, y cuidaba especialmente de establecer un gobierno análogo al suyo en un país que pasaba por la llave militar de toda Europa. En esto, como en Roma, el Directorio faltó á su política de expectativa por un interés mayor; pues el volver los Alpes á manos amigas era un motivo no menos poderoso que el de derrocar el pontificado.

En consecuencia, declaró el 8 nivoso (28 de diciembre de 1797) que tomaba bajo su protección á los vaudeses, y que los individuos de los gobiernos de Berna y Friburgo responderían de la seguridad de sus propiedades y personas. Inmediatamente repasó los Alpes el general Menard á la cabeza de la antigua división de Massena, y fué á acampar en Carouge, á la vista del lago de Ginebra. El general Schawembourg subió por el Rhin con una división del ejército de Alemania, y se colocó en el Erguel, en las inmediaciones de Basilea.

Al ver esto, se llenó de alegría el país de Vaud, el obispado de Basilea y las campiñas de Zurich. Los vau-